

OPINIÓN

Edgar Morin, el saber en movimiento

NUCCIO ORDINE

Hay estudiosos cuyas obras dejan una huella profunda, pero que decepcionan en el plano humano cuando se tiene la suerte (o la mala suerte) de conocerlos. Hay estudiosos que, por el contrario, cautivan al auditorio con el contacto en vivo, pero que luego decepcionan cuando se les lee. Edgar Morin, *rara avis*, no solo entusiasma a los lectores de sus libros, sino también a los que han tenido la ventura de escucharle *in situ* o el privilegio de entablar relación con él. El 8 de julio cumplirá 100 años. Y, a estas alturas, su extraordinaria humanidad y su arrolladora pasión se han hecho ya legendarias.

Los tres días pasados con él en julio de 2018 fueron una experiencia inolvidable. Pude tomar conciencia de la plena coincidencia entre el hombre y la obra. El Morin *impresso* no resultó ser diverso del Morin en carne y hueso con el que entablé amistad. Con Edgar he visto la coincidencia entre vida y filosofía. Una identificación entre pensamiento y manera de vivir, entre escritura y acción, que hace difícil separar al hombre de la obra, la biografía de la concepción política y filosófica. En sus libros cada palabra contribuye a construir la imagen de un universo en agitación, siempre en ebullición, en perenne metamorfosis.

En la singular experiencia de Edgar se concretiza la conciencia de que la aventura del conocimiento y la aventura de la vida hablan el mismo lenguaje: expresan el movimiento, la incertidumbre, la diferencia, la insatisfacción, el esfuerzo, el entusiasmo, la necesidad de ir siempre más allá de todo posible confin, de toda barrera intransitable, de toda rígida frontera. Morin nos hace ver, a través de su testimonio humano e intelectual, cómo la palabra se hace vida y la vida se hace palabra. Edgar escribe sus obras. Pero, al mismo tiempo, esas obras escriben su existencia. Se trata de obras vivientes que manifiestan en cada página la necesidad de superar la fractura entre el saber como discurso teórico (que construye un abstracto sistema) y el saber como experiencia vivida. La elección consciente de un saber que enseñe a vivir requiere de una participación total, que comporta una modificación de la propia existencia, una auténtica metamorfosis.

Su concepción de un saber siempre en movimiento y la alegría de perseguirlo sin poderlo atrapar nunca de una vez por to-

A punto de cumplir 100 años, el filósofo defiende una educación que enseñe a aprender a vivir

das producen necesariamente una transformación del yo. En esta concepción de la vida y del conocimiento como permanente ejercicio de la *quête*, Morin afirma el valor, siempre *in fieri*, del saber y de la existencia.

Baste pensar en cómo ha conjugado felizmente enseñanza y vida. En *Enseñar a vivir. Manifiesto para cambiar la educación* (2014), Edgar retoma y desarrolla algunos

conceptos que han caracterizado sus reflexiones sobre la misión esencial de la instrucción. Partiendo del *Émile*, de Jean-Jacques Rousseau ("Vivir es el oficio que quiere enseñarles", afirma el educador), Morin corrige al filósofo ginebrino sosteniendo que "la máxima es excesiva, porque se puede solo ayudar a aprender a vivir"; a vivir, de hecho, "se aprende a través de las propias experiencias, con la ayuda en primer

lugar de los padres, después de los educadores, pero también a través de los libros, la poesía, los encuentros".

Para Edgar es preciso responder a una pregunta esencial: ¿para qué sirve la enseñanza? La función principal de la escuela debería ser la de "formar adultos más capaces de afrontar su destino, más capaces de hacer florecer su vivir, más capaces de conocimiento pertinente, más capaces de comprender las complejidades humanas, históricas, sociales y planetarias, más capaces de reconocer los errores y las ilusiones del conocimiento, en la decisión y en la acción, más capaces de comprenderse los unos a los otros, más capaces de afrontar las incertidumbres, más capaces de afrontar la aventura de la vida".

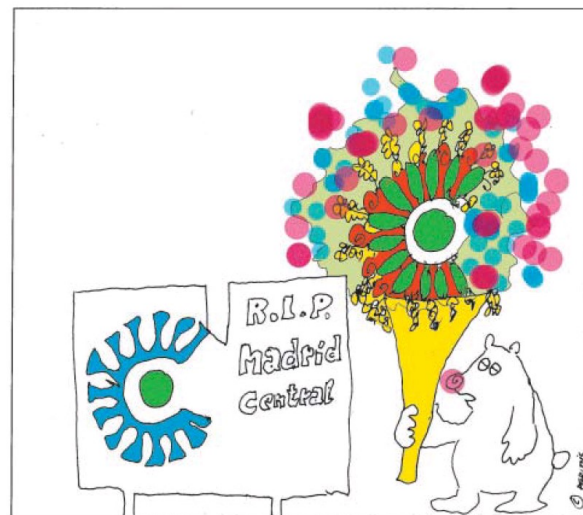
Por desgracia, la escuela y la universidad están cada vez más condicionadas por la "vulgarata tecnocrática dominante entre los políticos y los empresarios" que "tiende a imponer sus criterios de eficiencia, rentabilidad, competitividad". Cada vez más el "cálculo lo invade ya todo. Lo cuantitativo destierra a lo cualitativo. El humanismo está en regresión bajo el impulso tecnocrático". Será difícil imaginar una educación que pueda enseñar a aprender a vivir en un contexto en el que escuelas y universidades están sobre todo al servicio de la lógica empresarial y de las exigencias del mercado. En lugar de formar jóvenes dotados de sentido crítico, se crían futuros consumidores pasivos. Hacer creer a los jóvenes que se estudia para aprender una profesión con la que luego ganar mucho dinero significa corromperlos y hacer perder de vista el valor del conocimiento en sí, entendido como instrumento para hacerse mejores. Es necesario empezar desde aquí para reflexionar sobre la función social y civil de la educación.

Pero ver más allá no es fácil. Por decirlo con los versos de Machado, tenemos necesidad de un "caminante" como Morin, convencido de que el camino coincide con el camino mismo, con nuestras huellas destinadas a la eliminación ("caminante, no hay camino, / se hace camino al andar"). Es en el tránsito, en el perenne e incierto movimiento, donde conocimiento y vida se encuentran entrelazados en único destino.

Nuccio Ordine es profesor de la Universidad de Calabria.

Traducción de Juan Ramón Azaola.

PERIDIS



MANUEL JABOIS

Qué quieres ser de mayor (¿qué es ser mayor?)

Un día, fuimos a un concierto de unos tipos buenísimos; eran unos amigos que nunca llegaron a dedicarse a la música de forma profesional, pero conservaban la pasión, ensayaban de vez en cuando y se marcaban algún bolo en bares si surgía. A uno de ellos sus padres le dijeron que, si quería seguir tocando, primero estudiase una carrera y encontrase un empleo serio. Damos por sentadas verdaderas barbaridades, y esa es una de las peores; primero porque apenas existen dos o tres empleos serios, y segundo porque, si es serio, cuando acabes tu jornada laboral no puedes ponerte a tocar la pandereta. Yo fantaseé inmediatamente con un grupo de notarios que se reuniese por las noches para dar fe a todo tipo de documentos, unos tíos trabajando febrilmente en un garaje dando rienda suelta a su verdadera pasión porque

cuando eran adolescentes sus padres les dijeron que se dejaran de tanto Código Civil y se buscaran primero el futuro como estrellas del rock. De esta manera Mick, Keith, Ron y Charlie encontraron un trabajo serio de *rolling stone* para así, al acabar los discos y las giras, poder reunirse y hacer lo que más les gusta: revisar escrituras del catastro.

Ser adolescente es el trabajo más difícil del mundo y, si tienes una vocación, ni te digo: es probable que a los 20 años haya caducado. Yo pasé la infancia y la adolescencia jugando al tenis todos los días de mi vida, y el hecho de competir hizo que algo que amaba lo terminase odiando; en realidad, lo que a mí me gustaba era el fútbol, así que me metí en un equipo que todavía tiene pesadillas conmigo porque yo a la raqueta le daba bien, pero no tenía ni idea de parar un balón. Se me daba bien lo que

ya no me gustaba, se me daba fatal lo que me gustaba, y me dediqué a lo último porque siempre he hecho lo que me gusta aunque caiga en el ridículo, la irrelevancia o la mediocridad; además, el fútbol es un deporte en el que, cuando ganás, piensas en lo que aportaste tú, y cuando perdéis, en lo que dejaron de aportar los demás.

Valentín Roma, por ejemplo, fue futbolista de las categorías inferiores del Atlético de Madrid, ganó la Copa del Rey de juveniles en un campo en el que había más de 90.000 personas, jugó en la selección nacional y, cuando le ofrecieron el primer contrato profesional, lo dejó. Hace dos años publicó un libro, *Retrato del futbolista adolescente* (Periférica), en el que cuenta un proceso fascinante: la desfiguración de la estrella de fútbol y la construcción del profesor, crítico de arte y escritor que es hoy; la impertinencia de la muda, contada

con un talento asombroso, es aprovechada para relatar algo aún mejor que resumo, mal porque es mucho más complejo, en este párrafo: "En mi mundo no es fácil admitir el placer sin transformarse en un impostor o sin agraviar esa vida abnegada que los padres representan, sin traicionar nuestra posición económica y nuestra ideología del sufrimiento". Y una certeza: "Cuando nos vestíamos de futbolistas adquiríamos bula para transgredir todos los límites. Se nos autorizaba a ser mentirosos y acaparadores, a ensañarnos con el único objetivo de medir nuestro grado de inclemencia. Después, al abandonar el vestuario, regresábamos a los valores de los que habíamos sido exonerados".

Es probable que no sólo no tengamos ni idea de quiénes somos, sino que seguimos viviendo para averiguarlo, siempre sin fortuna.